

perfecta. Pensando que el bacalao de los viernes no era bastante mortificación, en tales días, procediendo con ascética rigidez, á la mesa, delante de la tía, sólo probaba el agua y comía una corteza de pan. El bacalao lo comía á la noche con cebolla, después de unos ricos bifés á la inglesa en casa de Adelina! En mi cuarto, sobre la cómoda, alumbraba una lamparilla de aceite día y noche la litografía iluminada de Nuestra Señora del Patrocinio; todos los días ponía rosas dentro de un vaso para perfumarle el aire en redor; y la tía, cuando venía á revolver en mis cajones, quedábase embobada mirando á su patrón sin saber si era á la Virgen ó si era á ella indirectamente á quien dedicaba yo aquel homenaje de luz y de aromas. En las paredes, colgué las imágenes de los santos más excelsos como galería de antepasados espirituales. Mi actividad devota fué prodigiosa. No hubo un solo día en que dejase de oír misa por las mañanas y visperas por la tarde. Jamás falté en iglesia ó en capilla donde se adorase al Sagrado Corazón de Jesús. Las novenas que yo recé se cuentan por las estrellas del cielo. El septenario de los Dolores era uno de mis devotos cuidados.

Había días en que, sin descansar, corriendo jadeante por las calles, iba á la misa de siete á Santa Ana, á la misa de nueve á San José, á la misa de medio día á la capilla de las Olivas. Descansaba un instante en una esquina, chupando aprisa el cigarro; después volaba al Santísimo expuesto en la parroquial de Santa Engracia, á la devoción del Trisagio en el convento de Santa Susana, á la bendición del Sacramento en la capilla de Nuestra Señora de las Piconas.

Por la noche, en casa de Adelina, estaba tan despeado y muerto de fatiga, que ella me daba golpes en los hombros, gritándome furiosa:

— ¡Despierta, mochuelo!

¡Ay de mí! Llegó un día en que Adelina, en vez de llamarme «mochuelo»,—cuando, agotado en el servicio del

Señor, apenas podía ayudarla á desabrocharse el corsé,—empezó á llamarme «carretón». Aconteció esto hacia las alegres visperas de San Antonio, en el quinto mes de mi devoción perfecta.

Adelina comenzaba á mostrarse cavilosa y distraída. Una noche dejó de hacerme la caricia mejor, aquella que yo más apetecía. El penetrante y regalado beso en la oreja.

Eso sí, todavía continuaba dándome muestras de amor... Aun doblaba materialmente mi gabán; aun me llamaba «riquito»; aun me acompañaba hasta la puerta de la escalera en camisa, dando, al separarnos, aquel lento suspiro que era para mí la más preciosa evidencia de su pasión. ¡Ay, pero ya no me favorecía con el beso en la oreja!

Una noche de Julio, llegando á su casa más temprano que de costumbre, encontré la puerta abierta. El farol de petróleo colgado sobre la puerta, alumbraba la escalera. Entré. Hallé á Adelina en falda blanca, conversando con un mozalbete de bigote rubio, envuelto en una capa española. Ella palideció y el me pareció acobardado al verme aparecer, grande y barbudo, con mi bastón en la mano. Después, Adelina, sonriendo, amable y veraz, me presentó á su sobrino Adelino. Era hijo de su hermana Ricardina, la que vivía en Viseo, y hermano de Teodoriquito... Sacando el sombrero apreté en la palma, grande y leal, los dedos fugitivos del joven Adelino.

—Me alegro mucho de conocerle. ¿Su mamá y su hermano están buenos?

Aquella noche, Adelina, resplandeciente, tornó á restitirme el beso en la oreja. Toda aquella semana fué deliciosa como un noviazgo. El verano prometía ser caluroso: yo había comenzado en la Concepción Vieja la novena de San Joaquín. Salía de casa á la hora desagradable en que se riegan las calles, pero más contento que los pájaros que cantaban en los árboles del Campo de Santa Ana. En la



salita clara, con todas las sillas cubiertas de dril blanco, encontraba a mi Adelina en chambra blanca, fresca de haberse lavado, oliendo a agua de Colonia y a los lindos claveles bermejos que llevaba en el pelo. En una de estas entrevistas me pidió cincuenta duros.

¡Cincuenta duros!... Por la noche, descendiendo la calle de Santa Magdalena, rumiaba quién podía prestármelos. El buen padre Casimiro estaba en Torres. Mi compañero *Requebrador* estaba en París... Ya pensaba en el padre Piñeiro, cuyos dolores de riñones yo lamentaba siempre con afecto, cuando de una de esas callejuelas impuras donde Venus Mercenaria arrastra sus chinelas, vi escabullirse, todo encogido y subrepticamente, a José Justino, el virtuoso José Justino, el piadoso secretario de la cofradía de San José, contertulio de la señora doña Patrocinio de las Nieves, mi tía.

Le grité desde lejos:

— Buenas noches, Justinito.

Y regresé al campo de Santa Ana, tranquilo, gozando ya de antemano el regalado beso que me daría Adelina cuando yo, risueño, le extendiese en la mano diez moneditas de oro.

Al otro día, temprano, corrí a casa de Justino y le conté la triste historia de un discípulo mío, tísico, miserable, agonizando en una fétida casa de huéspedes, cerca de las Caldas.

— Es una desgracia, Justino. No tiene siquiera para un caldo... Yo soy quien le ayudo, pero, desgraciadamente, ¡puedo tan poco!... Le hago compañía, le leo oraciones y *Ejercicios de la Vida Cristiana*. Ayer noche, cuando nos encontramos, venía de allí... Y créame, Justino, que no me gusta andar por esas calles tan tarde... ¡Jesús, qué calles, qué indecencia, qué inmoralidad! Ayer, no crea, ayer bien ví que usted iba horrorizado. Yo también... De manera que esta mañana estaba en el oratorio de la tía rezando por mi discípulo y pidiéndole a Nuestro Señor que le ayudase

y le diese algún dinero, cuando me pareció escuchar una voz que bajaba desde lo alto de la cruz y me decía: «Entiéndete con Justino, háblale a Justinito, él que te dé cincuenta duros para tu amigo...» ¡Quedé tan agradecido a Nuestro Señor! De modo que aquí vengo, Justino por orden de Él.

Justino escuchaba triste, chasqueando los dedos. Después, en silencio, me extendió una á una, sobre la mesa, diez monedas de oro. De esta manera pude servir a mi Adelina.

¡Sin embargo, duró poco mi gloria!

De allí a pocos días, estando en el café de la Montaña tomando un sorbete, el mozo vino á avisarme que una muchacha trigueña y de pañuelo, que decía llamarse Mariana, me esperaba en la esquina...

¡Santo Dios! Mariana era la criada de Adelina. Corrí temblando, dando ya por cierto que mi bien amada estaba enferma.

— ¿Hay novedad, Mariana?

La criada me llevó hacia el interior de un patio donde olía mal, y allí, con los ojos encendidos, ronca todavía del escándalo que tuviera con Adelina, empezó a contarme cosas torpes, execrables, sórdidas. ¡Adelina me engañaba! El joven Adelino no tenía con ella ningún parentesco: era el querido, el *chulo*. Apenas yo salía, entraba él. Adelina se le colgaba del cuello, y entonces me llamaban «carretón», buey y estafermo. Los cincuenta duros habían sido para que Adelino se comprara ropa de verano. Todavía sobrara para ir á la feria de Belén en coche y con guitarra... Adelina adoraba á su *chulo*: le cortaba los callos; y los suspiros de su impaciencia cuando él tardaba, recordaban el bramar de las ciervas entre las matas calientes, en Mayo... ¿Dudaba yo, quería una prueba? Bastaba que fuese aquella noche tarde, después de la una, á llamar en la puerta de Adelina.

Me limpié el sudor y murmuré desfallecido:



Está bien, Mariana; está bien.

Llegué á casa tan sombrío, tan abatido, que la tía me preguntó con una sonrisita si había caído de la yegua.

— ¡De la yegua, no, tía! ¡De la yegua! Estuve en la iglesia de Nuestra Señora de la Gracia.

— ¿Por qué traes entonces esa cara tan tristonza?

— He tenido un disgusto: un condiscípulo que está muy malo.

Y otra vez, como delante de Justino, aprovechando reminiscencias del primo Javier y de la calle de la Fe, referí á mi tía toda la miseria de aquel compañero enfermo. ¡Un muchacho muy devoto de las cosas santas!

— Desgracias, — murmuró la tía Patrocinio moviendo las agujas de su calceta.

— Tiene usted razón; desgracias. Como el pobre muchacho no tiene familia, nosotros, los condiscípulos, vamos por turno á servirle de enfermeros. Hoy me toca á mí y deseaba que usted me diese licencia para estar fuera hasta cerca de las dos.

La tía Patrocinio me dió licencia. Hasta se me ofreció para pedir al patriarca San José que fuese preparando á mi condiscípulo para una muerte devota y edificante.

— ¡Eso sí que es un gran favor, tía! El se llama Macieira... El Macieira vizco. Es para que San José lo sepa.

Toda la noche vagué por la ciudad. Por cada calle me acompañaban siempre, fluctuantes y transparentes, dos figuras, una en camisa, otra de capa española, enroscadas, besándose furiosamente y sólo desuniendo los labios para reírse alto, burlándose de mí y llamándome «carretón».

Llegué al Rocío cuando daba la una en el reloj del Carmelo. Todavía fumé un cigarro, indeciso, paseándome por entre los árboles. Después encaminé mis pasos hacia la casa de Adelina. Había luz en su ventana. Agarré la grue-sa aldaba de la puerta, y, todavía, antes de llamar, dudé un momento. Sentía el terror de aquella certeza que venía á buscar terminante é irreparable... ¡Dios mío! ¡Tal vez

Mariana, por venganza, calumniase á mi Adelina! ¡Todavía la víspera me había llamado «riquito» con tanto ardor! ¿No sería más sensato y más provechoso creer en ella, tolerarle un fugitivo transporte por el señor Adelino y continuar recibiendo por egoísmo mi beso en la oreja? Pero entonces la idea lacerante de que ella también besaba en la oreja al joven Adelino, y que el joven Adelino también decía ¡ay, ay! como yo, me hizo descargar en la puerta una aldabada bestial.

Sentí abrirse desabridamente una ventana sobre mi cabeza. Adelina surgió en camisa con sus hermosos cabellos revueltos.

— ¿Quién es el bruto?...

— Soy yo; abre.

Me reconoció. En el mismo instante apagóse la luz de dentro; y fué como si aquella torcida del quinqué, al extinguirse, dejase también mi alma en obscuridad, fría para siempre y para siempre desierta. Desde el medio de la calle miraba las ventanas negras y murmuraba:

— ¡Ay, yo reviento!

Otra vez la camisa de Adelina blanqueó en la ventana.

— No puedo abrir: cené tarde y tengo sueño.

— ¡Abre! — grité alzando los brazos desesperado. — ¡Abre, ó no vuelvo más!

— Pues empieza ahora. Recados á la tía.

— ¡El demonio te lleve, grandísima borracha!

Después de lanzarle como una pedrada esta severa despedida, descendí la calle, muy digno y muy erguido. Pero al llegar á la esquina rompí en sollozos.

Pesada, muy pesada fué, desde entonces, para mi corazón la lenta melancolía de aquellos días veraniegos... Habéndole dicho á la tía que estaba escribiendo dos artículos destinados al amanuense de la Inmaculada Concepción para 1878, me pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en mi cuarto. Allí, arrastrando las chinelas por el



piso recién regado, removía, entre suspiros, recuerdos de Adelina.

Una noche, me decidí á volver por su casa. Llegué con el corazón palpitante, á la puerta que tanto conocía, y llamé con una aldabada humilde. El joven Adelino asomóse á la ventana en mangas de camisa.

—Soy yo, señor Adelino,—murmuré abyectamente, sacándome el sombrero.—Quería hablar con Adelina.

El se volvió hacia adentro murmurando mi nombre. Creo que dijo «el carretón.» Allá, del fondo, entre los cortinajes donde la presentía desaliñada y hermosa, mi Adelina gritó con furor:

—Desocúpale sobre la cabeza el cubo del agua sucia.

Escapé.

El domingo, día en que comían en el Campo de Santa Ana los amigos predilectos de mi tía, aconteció hablarse, al cocido, de un sabio, condiscípulo del padre Casimiro, que recientemente había dejado la quietud de su celda en Varatojo para ir á ocupar entre músicas y cohetes la trabajosa sede de Lamego. Nuestro modesto Casimiro no comprendía aquel deseo de una mitra: para él el fin de una vida eclesiástica, era estar á los sesenta años sano y sereno, sin penas ni remordimientos, saboreando el arroz al horno de la señora doña Patrocinio de las Nieves...

—Porque, déjeme usted que se lo diga, señora doña Patrocinio: el arroz está que se chupa uno los dedos...

De esta suerte vino á discurrirse acerca de las ambiciones que, sin agravio de Dios, cada uno podía nutrir en su corazón. La de Justino era una quinta á orillas del Mino, con rosales y parras donde pudiese pasar la vejez, tranquilo y en mangas de camisa.

—Mire, Justino,—dijo la tía,—una cosa había de echar de menos, y era su misa en la Concepción Vieja... Cuan-

do la gente se acostumbra á una misa, no hay otra que consuele.

El padre Piñeiro reveló también su ambición. Era elevada y santa. Quería ver al Papa restaurado en el trono fuerte y fecundo en que resplandeciera León X.

—¡Si á lo menos hubiese más caridad con él!—exclamó la tía.—¡Pero el santísimo padre, el vicario de Nuestro Señor, encerrado en una mazmorra, vestido de harapos!

El doctor Margaride la consoló. No creía que el Pontífice durmiera sobre pajas. Tenía oído á viajeros esclarecidos que el Santo Padre, queriendo, hasta podía tener carruaje.

—No es bastante; está lejos de ser todo lo que le corresponde á quien usa tiara; pero un carruaje es una gran comodidad...

Entonces Casimiro deseó saber cuál era la ambición del eminente doctor Margaride.

—Diga la suya, doctor Margaride, diga la suya,—exclamaron todos con afecto.

El venerable magistrado confesó que apetecía ser Par del Reino. No por vano alarde, ni por el lujo del uniforme, sino por defender el principio sagrado de autoridad...

Todos declararon calurosamente al doctor Margaride digno de tal honor. Él sonreía, agradeciéndolo, grave y complacido. Después volvió hacia mí su faz majestuosa.

—¿Y Teodorico?... Todavía Teodorico no nos ha dicho cuál era su ambición.

Bajé los ojos, y afirmé que sólo aspiraba á rezar mi trisagio al lado de la tía con provecho y con descanso... El doctor Margaride insistió. No le parecía ni un olvido de Dios, ni una ingratitud con la tía, que yo, inteligente, sano, buen caballero y doctor, nutriese una honesta ambición.

—La nutro,—exclamé.—Me agradaría ver Paris.

—¡Santo Dios!—gritó la señora doña Patrocinio horrorizada.—¡Paris! ¡Paris!



—Para ver iglesias, tía.

—No es necesario ir tan lejos para ver bonitas iglesias, —replicó ella desabridamente.—Para fiestas con órgano, y el Santísimo bien iluminado, y procesiones en las calles, y buenas voces, y respeto á las imágenes que da gusto, nadie compite con nosotros, los portugueses.

Callé anonadado. El esclarecido doctor Margaride aplaudió el patriotismo eclesiástico de mi tía. Ciertamente no era en una república sin Dios donde debían buscarse las magnificencias del culto. Para saborear las cosas grandiosas de nuestra Santa Religión, si el doctor Margaride tuviese tiempo, no era á París adonde iría.

—¿Sabe usted adonde iría, mi señora doña Patrocinio?

—El doctor—murmuró el padre Piñeiro—correría derecho á Roma...

—¡No, padre Piñeiro; no, mi estimada señora!

—¿No?

Ni el padre Piñeiro, ni mi tía alcanzaban que hubiese nada superior á la Roma pontifical. El doctor Margaride, entonces, alzó solemnemente las cejas negras como el ébano.

—Iría á Tierra Santa, doña Patrocinio. Visitaría Jerusalem y el Jordán. Subiría al Gólgota, y, como Chateaubriand, en pie, y con la cabeza descubierta, repetiría: ¡Salve, salve!

—Hermoso viaje,—murmuró el padre Casimiro pensativo.

—Sin contar —añadió el padre Piñeiro—que Nuestro Señor Jesucristo ve con aprecio, y agradece mucho, esas visitas al Santo Sepulcro.

—El que hace ese viaje,—dijo Justino,—obtiene el perdón de sus pecados é indulgencias plenarias... Y hasta tengo oído decir que no sólo para sí, sino también para una persona de la familia, probadamente impedida de hacer el viaje...

—Por ejemplo,—exclamó el doctor Margaride inspirado

y dándome una fuerte palmada en la espalda, —para una tía adorada, para una tía que ha sido un ángel, toda virtud, toda generosidad!...

La tía no decía nada. Sus anteojos oscuros giraban de los sacerdotes al magistrado; parecían extrañamente dilatados y brillantes, con la claridad interior de una idea: un poco de sangre coloreaba su faz verdinegra. Vicenta sirvió el arroz con leche. Después de saborearlo, rezamos las gracias.

Por la mañana, enjaezada ya la yegua, y calzadas las espuelas, entré á despedirme de mi tía y á saber si mandaba algún piadoso recado para San Roque, pues era aquel su milagroso día. Sentada á un extremo del sofá hallé á mi tía, examinando su gran cuaderno de cuentas, abierto sobre las rodillas; ante ella, con las manos cruzadas á la espalda, estaba el padre Casimiro sonriendo pensativo á las flores de la alfombra.

—¡Venga acá, venga acá!—me dijo el buen sacerdote apenas asomé en la puerta,—sepa la novedad...

Sonreí inquieto. La tía cerró su cuaderno.

—Teodorico,—comenzó ella cruzando los brazos y muy rápida,—Teodorico, acabo de consultar con el padre Casimiro; y estoy decidida á que alguien que me pertenezca, que sea de mi sangre, vaya peregrinando por mi intención á Tierra Santa.

—Es usted un hombre afortunado, Teodorico,—murmuró el padre Casimiro resplandeciente.

—Así, pues,—prosiguió la tía,—está convenido, y te lo advierto para tu conocimiento, que irás á Jerusalem y á todos los Divinos Lugares. Excusas de agradecérmelo. Es para bien de mi alma y para honrar el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, ya que yo no puedo ir... Como, alabado sea Nuestro Señor, no me faltan medios, has de hacer el viaje con toda suerte de comodidades; y para no estar



con más dudas, y por la prisa de agradar á Nuestro Señor, todavía quiero que partas en este mes... Ahora vete; tengo que seguir hablando con el padre Casimiro. No quiero nada para el señor San Roque: ya me entendí con él.

Balbuocé:

—Está bien, tía. Adiós, padre Casimiro.

Sali aturrido. Una vez en mi cuarto, corrí al espejo para contemplar este rostro y estas barbas donde en breve había de posarse el polvo de Jerusalem. Después caí sobre la cama.

—¡Qué fastidio de viaje!

¡Ir á Jerusalem! ¿Y dónde era Jerusalem? Abri el baúl donde tenía mis compendios y mi ropa vieja; cogí un Atlas: con él, abierto sobre la cómoda, delante de Nuestra Señora del Patrocinio, comencé á buscar Jerusalem. Mi dedo errante sentía ya el cansancio de una larga jornada. De repente, el nombre de Jerusalem surgió negro, en una vasta soledad blanca, sin nombres, sin arenas, desnuda, junto al mar. Allí estaba Jerusalem. ¡Dios mío! ¡Qué remoto, qué yermo, qué triste!

Pero entonces comencé á considerar que para llegar á aquel suelo de penitencia, era preciso cruzar regiones amables, femeninas, llenas de fiesta. Una gran claridad iluminó mi alma. Y grité dando sobre el Atlas un gran puñetazo, que hizo estremecer á la castísima señora del Patrocinio y á todas las estrellas de su corona.

—¡Caramba, cómo voy á correrla!

Recelando que mi tía, por avaricia de su dinero, ó por desconfianza de mi piedad, renunciase á la idea de aquella peregrinación que tantos goces me prometía, resolví ligarla sobrenaturalmente por una orden divina. Fui al oratorio; me alboroté el pelo, como si por entre él hubiese pasado un soplo celeste, y corrí al cuarto de la tía, jadeante, con los brazos trémulos y en alto.

—¡Ay, tía, lo que acaba de pasarme! Estaba en el ora-

torio rezando de satisfacción, cuando de repente me pareció oír la voz de Nuestro Señor que, de lo alto de la cruz, me decía muy quedo y sin moverse: «¡Haces bien, Teodorico, haces bien en ir á visitar mi Santo Sepulcro... Estoy muy contento de tu tía... Tu tía es de las mías!...»

Ella juntó las manos con un fogoso transporte de amor.

—Alabado sea Dios y su Santísimo Nombre... ¿De veras ha dicho eso? Ya ves como Nuestro Señor sabe que es para honrarle por lo que te mando. ¡Alabado sea en tierra y cielo! Anda, hijo, rézale, rézale.

Sali murmurando un padrenuestro. Mi tía corrió á la puerta diciendo en una efusión de simpatía:

—Mirarás si tienes bastante ropa blanca, Teodorico. Tal vez te hagan falta calzoncillos. Gracias á Nuestra Señora del Rosario tengo posibles, y quiero que vayas con decencia y te presentes bien en el Sepulcro de Nuestro Señor.

La noticia de mi viaje no tardó en divulgarse. Una mañana leí, rojo de orgullo, estas líneas honoríficas que insertaba el *Diario de las Novedades*: «Parte brevemente para visitar Jerusalem y todos los Santos Lugares en que padeció el Redentor, nuestro amigo Teodorico Raposo, sobrino de la excelentísima señora doña Patrocinio de las Nieves, opulenta propietaria y modelo de virtudes cristianas. Deseámosle un feliz viaje». La tía, desvanecida de gozo, guardó el diario en el oratorio, debajo de la peana de San José. Yo me alegré presumiendo el despecho de Adelina que, como lectora fiel del *Diario*, no dejaría de ver la noticia y rabiaría al suponerme lleno de oro, olvidado de ella y caminando por esas tierras musulmanas, donde á cada paso se encuentra un serrallo mudo y oliendo á rosas, entre sicomoros.

La víspera de la partida, todos los fieles amigos de mi tía acudieron á despedirme. Como la ocasión era tan solemne se les recibió en la sala de los damascos. Justino me contemplaba como se contempla una figura histórica.



—¡Oh, Teodorico, qué viaje! ¡Lo que se va á hablar de esto!

Entonces pregunté á mis leales amigos qué recuerdos deseaban de aquellas tierras devotas donde viviera el Señor. El padre Piñeiro quería un frasco de agua del Jordán. En cuanto á Justino, que ya me había pedido un paquete de tabaco turco en el hueco de la ventana, delante de la tía solamente deseaba un ramo de olivo del huerto de Getsemaní. El doctor Margaride se contentaba con una buena fotografía del sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Una fotografía que pudiese ponerse en marco!

Después de apuntar en la cartera estas piadosas incumbencias, me volví hacia la tía, risueño, cariñoso, humilde.

—Yo—dijo ella del medio del sofá como en un altar y tiesa en sus sedas domingueras—lo que deseo es que hagas ese viaje con toda devoción, sin dejar piedra que besar, ni perder novena... Además de eso, también deseo que tengas salud.

Me acerqué, y en su mano brillante de anillos, deposité un beso de gratitud. La tía, después de pasar el pañuelo de encajes por los labios sumidos, prosiguió con más autoridad y con una emoción creciente:

—Ahora quiero decirte para tu gobierno una sola cosa.

Todos en pie, y reverentes, esperamos, suponiendo que la tía se preparaba á proferir una palabra suprema. En aquella hora de separación, rodeada de sus sacerdotes, rodeada de sus magistrados, doña Patrocinio de las Nieves iba, seguramente, á revelar cuál era el motivo, hasta entonces secreto, por qué me mandaba como sobrino y como romero á la ciudad de Jerusalem.

—Oyeme atentamente,—empezó diciendo la tía.—Si entiendes que merezco alguna cosa por lo que tengo hecho por tí desde que murió tu madre, ya educándote, ya visitándote, ya dándote yegua para que paseases, ya cuidando de tu alma, entonces tráeme de estos Santos Lugares

una santa reliquia, una reliquia milagrosa que pueda llevar siempre consigo y que me consuele en mis penas y me cure en mis enfermedades.

Por vez primera, después de cincuenta años de aridez, una lágrima breve corrió por las mejillas de doña Patrocinio de las Nieves.

El doctor Margaride, vuelto hacia mí, exclamó arrebatadamente:

—¡Teorico, qué amor le tiene su tía! ¡Rebusque esas ruinas; escudriñe ese sepulcro! ¡Traiga una reliquia á su tía!

Yo prometí exaltado:

—Tía, palabra de Raposo que he de traerle una gran reliquia.

Por la severa sala de damasco se desbordó, ruidosa, la conmoción de nuestros corazones. Yo me hallé con los labios de Justino, todavía almibarados de la torrada, pegados á mi barba.

Temprano, muy temprano, á la mañana siguiente, domingo, 6 de Septiembre y día de Santa Libania, fui á llamar al cuarto de la tía, aun adormecida en su lecho castísimo. Sentí sobre la alfombra aproximarse el blando son de sus chinelas. Entreabrió púdicamente la puerta; y, seguramente en camisa, alargó por la abertura su mano descarnada, lívida, oliendo á rapé. Sentí tentaciones de morderla, y puse en ella un beso baboso. La tía murmuró:

—Adiós. Hazle mis salutations al Señor.

Bajé la escalera, calado el capacete de corcho con que debía atravesar el desierto, y la *Guta de Oriente* en la mano. Detrás de mí bajaba Vicenta sollozando.

Mi maleta nueva de cuero y mi repleto saco de lona llenaban el coche del *Pingallo*. Todavía algunas golondrinas retardadas cantaban en el alero de los tejados. En la capilla de Santa Ana tocaban á misa; y un rayo de sol, viniendo de Oriente, viniendo de allá, de Palestina, me ba-



ñó el rostro, amable y risueño como una caricia del Señor. Monté en el coche y grité:

—Arrea, Pingallo.

Y echando al aire el humo de mi cigarro, dejé la casa de mi tía, caminando hacia Jerusalem.



---

II

Fué un domingo, día de San Jerónimo, cuando mis pies latinos pisaron por primera vez la tierra de Alejandría. ¡La tierra de Oriente sensual y religiosa! Yo dí las gracias á Dios Nuestro Señor por haber hecho hasta allí un viaje feliz; y mi compañero, el ilustre Topsisius, doctor alemán por la Universidad de Bonn, socio del *Instituto imperial de excavaciones históricas*, murmuró, grave como en una invocación, abriendo su gran quitasol verde:

—¡Egipto, Egipto! Yo te saludo, negro Egipto. Séame propicio tu Dios de la Historia, inspirador de la obra de Arte y de la obra de Verdad.

A través de aquel zumbido científico, yo me sentía envuelto en un vaho tibio, como de estufa, adormecedor y perfumado con aromas de sándalo y de rosa. Desde el primer momento, amé aquella tierra de indolencia, de sueño y de luz. Y montando en el coche que debía conducirnos al «Hotel de las Pirámides», invoqué á las Divinidades como el ilustre doctor de Bonn:

—¡Egipto! ¡Egipto! Yo te saludo, negro Egipto. Y que me sea propicio...]